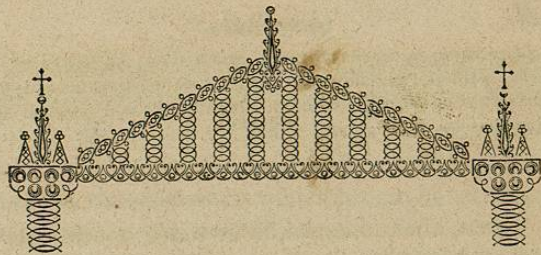


paciones, pintan al vicio como inevitable consecuencia de la sociedad, y al crimen como el mas poderoso y acaso el mas noble uso que de la fuerza moral puede hacerse.

La baronesa DE CARLOWITZ.



LA MESIADA.



CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO. — Apártase el Mesias del pueblo que acaba de proclamarle Rey y sube al monte Olivete á prometerle de nuevo á su eterno Padre, que consumará la obra de la redencion. — Comienza á sufrir los dolores de la pasion. Gabriel, que le sirve en la tierra, sube á los cielos á llevar sus oraciones. — Llega el Arcangel al santuario atravesando el sol y el camino aereo que unió en otros tiempos á la tierra con el cielo. — Eloha, cabeza de los serafines, introduce á Gabriel, y este coloca el incienso sobre el altar de la redencion. — Enciende el Eterno el fuego del sacrificio, y ordena á Eloha que convoque á todos los inmortales para que celebren el segundo Sabbath de la creacion. — Gabriel va á llevar un mensage á los ángeles custodios de la tierra que habitan en un sol situado en las entrañas del globo terraqueo. — Allí encuentra las almas de los niños muertos,

que aprenden en aquella misteriosa mansion á ser dignos de la celeste beatitud. Pasa en seguida Gabriel al sol, donde las almas de los patriarcas se han reunido entorno de Uriel, sobre el pináculo del templo solar.

Canta, alma inmortal, al Dios que se hizo hombre para rescatar á los hijos de Adan : canta el Mesías que arrojó los tormentos y la muerte por iniciar de nuevo á la especie humana en el culto del amor divino. Vanamente se alzó Satan contra el hijo del Eterno : cumpliósese la voluntad eterna y con ella la grande obra de la redencion.

¡Oh sublime secreto de la misericordia divina! ¿Y se atreverá á cantarte la poesía? En la tenebrosa lejanía á que de tí la tienes se estremece de temor y de esperanza. Santificala, Espíritu creador; préstale ese mirar de fuego con que penetras en el profundo seno de la Divinidad, y conviertes el corazon del hombre, á despecho de su terrestre cuerpo, en un templo digno de tí; y cuando hayas armado con tu fuerza, cuando hayas embellecido con tu hermosura á esa poesía hija tambien del cielo, ¡oh! entonces guíala hasta á mí, pobre poeta puro de corazon. Mi voz, aunque siempre será la de un debil mortal, cantará al Hombre-Dios; y me lanzaré en la arena del combate con trémulos pasos, pero alentado por la noble esperanza de tocar la meta.

Mortales ennoblecidos por el soplo de magestad que pasó sobre la humana especie cuando su Creador se inmoló por salvarla; almas que comprendis la personificacion del principio de amor y de caridad, escuchadme; y que la pureza de vuestras vidas celebre al hijo del Eterno.

¿Qué funesto vértigo se ha apoderado de Jerusalem? La ciudad santa, la tierra de promision de los patriarcas, la antigua metrópoli de sobrehumanas glorias, arroja lejos de sí la corona de los elegidos; y en breve solo será un sangriento altar en que manos asesinas inmolarán á una víctima inocente.

No lejos de los muros de Jerusalem acaba Jesus de separarse de una muchedumbre del pueblo, que aun honrándole da muestras de que no acierta á comprenderle. Ciegos por el pecado aquellos hombres han sembrado el camino, por donde el Salvador transita de ramas de palmera, y le han saludado con gritos de triunfo: pero el cielo se ha cubierto de nubes, y del centro de ellas una voz misteriosa ha dicho á la Judea: «Mira: he aquí al que yo he glorificado y otra vez lo glorificaré¹.»

¡Y nada ha visto, nada ha oído el pueblo de Ju-

¹ Evangelio de san Juan, cap. XII, vers. 28. En el mismo capítulo se refiere la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, tal cual la describe Klopstock.

dea; no reconoce en el Mesías á la mas noble emanacion de la divinidad; cree rendirle el homenaje que le es debido proclamándole por su rey! Él, entre tanto, triste y abatido camina hácia las montañas que estan al oriente de Jerusalem, á ofrecer de nuevo allí á su padre que consumará la obra espiatoria de una redencion.

Mas de una vez le habian ya sentido aquellas montañas sobre sus elevadas cimas. Noches enteras pasaba en ellas entregado á sus piadosas meditaciones, ó descansando de las infinitas angustias que la fragilidad de la carne mortal hace sufrir al alma en ella aprisionada, aunque esa alma sea todo un Dios.

Corona ya el crepúsculo las colinas cercanas, cuando Jesus se encamina al monte de los Olivos; síguete Juan el Evangelista, pero se detiene cerca de los sepulcros, resignándose el piadoso discípulo á pasar allí la noche en oracion, porque su maestro le prohíbe acompañarle mas adelante.

Solo y profundizando los abismos de la eternidad con toda la fuerza de su divino pensamiento, sube el Mesías á lo mas elevado del monte. Celeste aureola, reflejo del sacrificio que debe consumarse, luce en torno de su cabeza; cobijale la sombra de las elevadas palmeras; y un sople misterioso, precursor del Eterno, agita su cabellera.

Entre dos altos cedros, Gabriel, el arcangel en-

viado á la tierra para servir en ella durante su destierro al hijo de Dios, medita en la inefable felicidad que al cabo espera un dia al linage humano, cuando ve adelantarse hácia él lentamente al Hombre-Dios. Ya sabe el Arcangel que el terrible y solemne dia, destinado al rescate de los pecados del mundo se halla cercano; y esa certidumbre llena su alma de melancólico pláter.

« ¿Divino Señor mio, esclama en voz sumisa, ha menester reposo tu estenuado cuerpo? Mira: el cedro tiende sus verdes ramas para dar sombra á tu inmortal cabeza; para recibir tus miembros fatigados plega el sándalo sus flexibles vástagos. Al pie de este monte, en las quebradas de la roca, donde reposan los muertos, crece perfumado y blando musgo. ¿Quieres que tu servidor te prepare con él un muelle lecho? Hijo del Eterno, el cansancio y el dolor estan pintados en tu divino rostro. ¡Oh y cuanto sufres sobre la tierra por amor á los hijos de Adan! »

Respóndele el Mesías con una mirada que encierra todas las bendiciones del cielo, y sube trabajosamente la última punta de la roca, la mas cercana de las nubes, la mas próxima á Dios. Allí se prosterna, ora, habla á su padre.

Al eco de la voz de Jesus la tierra se estremece de esperanza. No es ya la poderosa, la terrible voz del anatema la que escucha en las regiones celes-

tiales, no : es el dulcísimo acento del Salvador implorando al perdón para ella, y volviéndole desde aquel momento una parte del esplendor con que brillaba antes que la mancillase con su pecado el primer hombre.

Contempla el pensamiento del Mesías las profundidades de lo infinito, y en fin de los mortales labios de un Dios salen estas palabras :

« ¡Ya se acercan, ó padre mío, los días de la santa y eterna alianza ; los días en que ha de cumplirse la grande obra, decretada desde el instante en que de acuerdo con tu hijo concebiste la creación, y desde aquel instante mismo en que en el silencio de la eternidad, penetrando nuestras miradas el porvenir de los tiempos, vimos á los hombres aun no creados, á esa raza destinada á la inmortalidad, ser presa del pecado y de la muerte ! Veía yo sus males y dolores, y tú, padre mío, que veías mis lágrimas prometistes encarnar segunda vez tu divinidad en el hombre caído. Tú sabes, eterno padre, y saben también los cielos, cuantas veces desde entonces he suspirado porque mi degradación se cumpliera. Hoy me tengo por feliz : treinta y tres años hace que soy hombre. Muchos justos me siguen : pero á quien he de salvar es á todo el género humano. Espero tus decretos : que me arrojen entre los muertos, que me reduzcan á cenizas, todo lo sufriré con respeto y sumisión. No hay un ser

creado capaz de comprender tu clemencia ni tu ira ; Dios solo puede aplacar á Dios. Prepárate, juez del universo, aun estoy libre, aun puedo volverme á los cielos, á donde el coro de los ángeles me conduciría en triunfo ; y por segunda vez vengo á ofrecerme en sacrificio. Mi frente que se humillaba se levanta para contemplar la tuya, mi diestra toca las nubes, lo juro por mí mismo que soy Dios como tú : quiero rescatar los pecados del mundo. »

Y la voz del Eterno, inteligible solo para el Mesías, responde :

« Mi cabeza se estiende sobre el universo, mi brazo sobre el espacio infinito. Lo he jurado, hijo mío, yo que soy el Eterno, lo he jurado ; los pecados del mundo obtendrán remisión. »

— Dijo y calló.

— Tembló de gozo la naturaleza ; los espíritus celestiales cayeron en santo éxtasis ; horrible tempestad rugió en el seno del abismo infernal.

Jesús permanece en pié ante el Eterno, que ya es para él un Juez terrible ; y comienzan entonces las angustias de la redención, porque cuando los presentimientos se hallan tan cercanos á la realidad con ella se confunden.

Gabriel, que se había prosternado en adoración silenciosa, sintióse súbito renacer á vida nueva, nueva aun para él cuya memoria recuerda en lo pasado, lo que el pensamiento humano jamás po-

drá comprender. Levantóse entonces nadando su alma en un mar de delicias, y lanzando de su aereo cuerpo maravilloso resplandor. Reflejaron sus ardientes rayos las elevadas cimas de los montes, y la tierra fermentaba como si fuera á disolverse abrasada por aquella celeste incandescencia : pero viólo Jesus y tornando su faz al serafin le dice :

— « Oculta ese resplandor ¿has olvidado que me sirves en un lugar de destierro? Parte, vé á repetir mi súplica ante los cielos reunidos; allí solo te es lícito ostentar el brillo de tu esplendor angélico. »

Gabriel obedece silencioso ; síguete el Mesías con la vista y le ve ya en su pensamiento postrado ante el trono del Eterno, donde se prepara á la especie humana porvenir mas dichoso que la esperanza misma acertara á imaginarlo.

Rápido y diáfano como la mas suave aurora en primavera, se ha elevado el Arcangel á las celestes esferas pobladas esclusivamente de soles cuyos reflejos se extienden á lo infinito, cual purpurino velo tejido por la divina mano con los rayos de la luz primitiva. Bajo aquella region luminosa, á que los globos opacos no osan acercarse, pasa fugitiva la naturaleza nebulosa y los mundos¹, con sus

¹ Mundos está aqui por globos terraqueos y habitables. — T. E.

habitantes parecen y se ocultan, como los torbellinos de polvo poblados de imperceptibles insectos se alzan y caen bajo la planta del caminante.

Mil senderos cruzan en todos sentidos aquel foco de luz, y en medio del mas espacioso de todos ellos, que se dirige á la tierra, corria en otros tiempos un torrente cuyas aguas eran de oro puro. Tenia su nacimiento en el trono del Eterno; los ángeles, y el Señor mismo en ocasiones, seguian su curso para ir á comunicarse con los hijos de la tierra en una de sus regiones donde los rayos del iris, y las nubes matinales conservaban una primavera eterna. Mas cuando el hombre perdió su inocencia, replegóse el rio á su nacimiento, los montes cuyas formas vaporosas conservan aun señales de la presencia del Eterno, quedaron desiertos; desiertos tambien los bosques cuyo ramage embalsamado se meció al aliento de Dios. Tendieron el silencio y la soledad su negro manto sobre los valles que los moradores del cielo se complacian en visitar, y sobre los umbrios deleitosos retiros donde los hijos de la tierra habian disfrutado aquellas delicias inefables, que salen á los ojos en llanto de alegría.

Cuando, despues del juicio universal, se eleven las estrellas en órbitas infinitas, cuando la mirada de Dios, abrazando á la vez los mundos todos, á todos los haga entrar en la celeste armonia, enton-

ces correrá de nuevo por su antiguo cauce el torrente de las doradas aguas; y en sus rejuvenecidas orillas acojerán los primogénitos de la inmortalidad con fraternal sonrisa, á los últimos hijos de su madre.

Por ese camino santo y solemne se adelanta el Arcangel hácia el santuario de los cielos, prototipo del universo, fuente de la universal belleza, que á manera de caudaloso y rápido rio en mil brazos dividido, inunda los espacios infinitos reflejando en su espejo cuanto existe.

El batir de las alas del Angel caminante llega en las del aire embalsamado hasta las playas de los soles; y al dulce murmurar de su sonido vibran pulsadas por inmortales manos las celestes arpas, resuenan en el espacio armoniosos cantos.

¡Oh tú, compañera de los ángeles, á quien es dado contemplar la divinidad y escuchar las voces inmortales, Musa de Sion¹, ven en mi auxilio; voy á repetir el himno cantado por los habitantes del cielo, el himno que resuena en las regiones que el mensajero del Mesías atraviesa!

« ¡Salud, sagrada esfera de las divinas apariciones! En tí las sombras que proyectan esos mun-

¹ Pequeña montaña de la Palestina sobre la cual está edificada Jerusalem, ciudad que los profetas y patriarcas designan frecuentemente con el nombre de Sion. Klopstock los ha imitado. — T. F.

dos, débiles rivales del empireo, no tienden sus negros velos, porque allí se muestra tal cual es, tal cual ha sido, tal cual será siempre, aquel á quien nosotros llamamos Jehová, aunque es inexplicable. — En vano, Señor, buscaban tu imagen nuestros cantos en su inspiracion primitiva; tu perfeccion es demasiado vasta aun para la intuicion de los inmortales. — Tu solo inconmensurable pensamiento es el capaz de penetrarte; para obrar sobre las cosas creadas forzoso le es á aquel descender hasta ellas; y sin embargo has querido que haya seres fuera de tí. — Tu aliento hirió en la nada, y de ella salió el cielo hermoso y brillante: tu voz creadora dominó el bramido de los mares acabados de nacer; las playas donde se aglomeraban los orbes en esféricas masas, que rodando, huian al través del vacío, oyeron esa voz; á ella respondió el alma universal; pero los destellos que mas tarde se escaparon del gran todo, no existian aun. — Te contemplaste, Señor, sobre tu nuevo trono; y permaneciste en él solitario y pensativo. ¡Gloria á la divinidad meditabunda! porque entonces fuimos creados nosotros los serafines, hijos aereos del inmutable pensamiento. — Dijo el Eterno á la soledad: « No seas »; y á los seres: « Venid á ser; » y la soledad fué poblada, y los seres salieron del caos. »

Enmudeció el coro de los ángeles, y continuan-

do Gabriel su camino á través del océano de luz que le rodea, llega al santuario y se prosterna; Dios le mira y los cielos despues de Dios. A su encuentro sale el divino Eloha; Eloha, el mas grande de los seres creados, el mas próximo al Increado. Bello es su pensamiento, como el alma del hombre, cuando purificada por meditaciones sublimes se hace digna de la inmortalidad; su mirar mas dulce que la matinal aurora, mas brillante que los astros cuando al salir de la nada por la primera vez describieron sus radiantes órbitas. Llamóle Dios á la existencia desde el seno de un piélago de nubes: para formarle el cuerpo, escogió el mas suave de los resplandores que preceden á la salida del sol; y tendiéndole despues sus brazos á través del empero, dijo: « Primera de mis criaturas, mira, heme aquí. » — Vióle Eloha, y se abstrajo en su contemplacion: mas pronto pudo espresarle al Creador sus pensamientos y sensaciones. Hundiránse los orbes y renacerán de sus propios restos; mil y mil siglos se abismarán en la eternidad, antes que sea dado al mas sublime de los mortales el conocimiento de tales pensamientos y sensaciones.

Inefable alegría inunda á Gabriel al aspecto de Eloha; y los dos inmortales que largos tiempos antes de que naciera el globo terrestre habian acometido y dado cima juntos á mas de una empresa sublime y peligrosa, se arrojaron uno en los brazos

del otro trémulos de felicidad. Así se enlazan en presencia de su noble padre dos heróicos hermanos cubiertos aun de la sangre que acaban de derramar por su patria.

Dios bendice á los ángeles fraternales, que embellecidos con esa bendicion y con el dulce brillo de su santa amistad, se acercan juntos al monte sagrado donde estriba el santuario de las glorias celestes. En torno de ese monte reina la oscuridad divina; tranquila y poderosa, como cuanto emana de Dios, circuye á la claridad resplandeciente que luce en torno del misterio de los cielos; y á veces un rayo de luz penetra en las tinieblas, y entonces ven los ángeles una roca diáfana que á la entrada del santuario centellea.

Reconociendo Gabriel el altar que los cielos han levantado á la redencion se acerca á él con la imponente gravedad de un soberano pontífice, coloca sobre el ara dos vasos de oro llenos de incienso celestial, y permanece allí sumido en sublimes meditaciones.

De pié á su lado pulsa el arpa Eloha, y las solemnes armonías que ella produce acompañan á la voz del Arcangel sacrificador; voz que repite á los cielos la oracion del Mesías, voz que resuena en la inmensidad del infinito espacio, como los bramidos del océano, cuando la tempestad, mensajera

de la voluntad divina, enfurece sus espumantes olas.

Dios arroja una centella sobre el incienso, arde este, y un vapor aromático sube hasta la divinidad, como en la tierra se elevan, se extienden y crecen las montañas hasta frisar con las nubes.

La mirada del Eterno permanecía fija en el monte donde el Mediador ¹ continua refiriéndole los padecimientos y los goces de su ² doble naturaleza. Súbito alza la vista, dominando con ella lo infinito : aguardan los cielos con religioso silencio sus mandatos ; y en la tierra el cedro contiene la agitación de sus ramos, enmudecen los mares, y en su orilla inmóviles y callados los huracanes despliegan sus alas preparándose á llevar por todo el universo la palabra de Dios. Ruge el trueno rozándose con las alas poderosas de los vientos, mas ellos permanecen inmóviles, porque el trueno no es la voz de Dios, sino su precursor.

Abrese el santuario, y los inmortales se prepa-

¹ El Arcangel Gabriel, que lo es aquí entre el Salvador y su eterno padre. — T. E.

² En este pasaje que he debido traducir fielmente, resulta sin embargo alguna oscuridad tanto por la anfibología procedente de que el pronombre *su* que en realidad se refiere á Dios, pudiera aplicarse al sugeto mas inmediato que es el Arcangel, quanto por la frase que termina el periodo. La *doble naturaleza* de Dios es Cristo ; y en efecto los trances del ungido al aproximarse su pasión son los que Gabriel canta y refiere. — T. E.

ran á escuchar á Jehova. Urim, el primero de los querubines, el confidente del Espíritu creador, se vuelve hácia Eloha : su porte es grave é imponente, su voz llena de celestes ilusiones.

« ¿Qué ves, Eloha? » le pregunta.

Y adelantándose Eloha, responde :

« Allá entre aquellas columnas de oro veo las Tablas de la Providencia y el libro de la vida. El soplo de la inmortalidad agita sus sagradas hojas donde leo los nombres de los futuros cristianos. Mas lejos veo el código que servirá de norma á las sentencias del juicio postrimero, y sus terribles páginas ondean, como en otros tiempos los sacros estandartes que guiaban á la pelea contra los ángeles rebeldes á los fieles y heroicos seráfines. Bajo aquellas bóvedas de plata lucen millares de antorchas, símbolos de las generaciones rescatadas. Tú puedes, Urim, contarlas una á una ; los orbes pueden contemplar las hazañas de los ángeles ; nosotros comprendemos las inefables delicias de los inmortales ; ¡ pero la redención es un misterio, aun para los cielos !... Ya veo el trono del supremo Juez, y la llama abrasadora que ejecuta los decretos de él emanados. La tempestad personificada ¹ se levanta sobre sus nebulosas gradas... ; Misericor-

¹ *Tempête vivante*, dice la traduccion francesa. — T. E.